

Obs. de Ramon...

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN



IMPRESA INDUSTRIAL - ARIBAU, 135 - TELÉF. 76307 - BARCELONA

# LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES ESPECIALES

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Ediciones BISTAGNE - Pasaje de la Paz, 10 bis - Tel. 18841 - BARCELONA

## El café de la marina

Producción nacional, hecha en dos versiones: catalana y castellana,  
inspirada en la celebrada obra teatral del eximio poeta  
JOSÉ M.<sup>a</sup> DE SAGARRA

Dirección de  
DOMINGO PRUNA

Estudios ORPHEA FIMS



Distribuida por  
ORPHEA FILMS  
Provenza, 251  
BARCELONA

Argumento narrado por Ediciones Bistagne

**PRINCIPALES INTÉRPRETES:**

(Versión castellana)

RAFAEL RIVELLES  
GILBERTA ROUGÉ  
PAQUITA TORRES

# El café de la marina

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

## I

El café de la Marina es un establecimiento pintoresco e irregular situado junto a la playa en la costa ampurdanesa.

A través de sus vidrieras, se ve la arena de la playa, donde descansan las barcas de su ajeteo cotidiano y por donde pasa de vez en cuando un marinero con los arreos de pesca. Más allá, el cielo y el mar, fundidos en la magnífica curva del horizonte.

Se respira una atmósfera satura-

da de yodo. Huele a mar, a alquitrán, a pescado fresco.

El café está lleno esta tarde. Ha terminado la pesca. Y para aquellos obreros del mar, gentes sencillas y de escasas ambiciones, no hay más recreo ni diversión que el café, este café que es único en el pueblo.

Unos juegan al dominó, otros a las cartas, otros se contentan con charlar y discutir. El café de la Marina vive intensamente.

Ron, café, vermut: he aquí las tres bebidas favoritas de aquellos héroes del mar, héroes porque por sólo unos reales se lanzan con admirable indiferencia a la lucha contra las traidoras corrientes de abajo y las furiosas olas de arriba.

El dueño, el Libori, es un viejo enjuto y fuerte, de piel curtida por las brisas del mar, por el fuerte sol de los veranos y por los fríos crudos de los inviernos.

Para él no hay más que una cosa en el mundo: el café. A él le debe su vida, su pan de cada día, y sabe agradecerlo. Pero no es sólo la gratitud lo que le inspira su desmedido afecto al café, sino también, y muy especialmente, su deseo de conservar ese pan que le da cotidianamente, a costa de no pocos trabajos, porque todo lo que en el café se sirve es barato y deja muy escaso margen de ganancia, único medio de que el establecimiento tenga clientes en aquel pueblo donde todos son, más que modestos, pobres.

Todo lo sacrifica el Libori al café. Para el café sirve y para el café piensa. Lo demás, todo lo demás,

queda relegado a un segundo plano.

Ahora no está el Libori en el establecimiento. Sus hijas, Catalina y Rosa, han quedado al frente de él, como tantas otras veces, mientras su padre atiende a ciertas ocupaciones relativas al negocio.

Catalina, la hermana mayor, es una hermosa mujer de ojos grandes, negros, apasionados, de cabello oscuro y brillante, de boca apetitosa y de piel aterciopelada.

En su aventajada estatura, en las líneas esculturales de su cuerpo sano y fuerte, hay una belleza fresca y pujante, con claras reminiscencias del crisol helénico, de aquella raza que en un tiempo remoto tuvo en el Ampurdán uno de sus numerosos tentáculos.

Catalina es una mujer de fina sensibilidad. Basta ver sus ojos para comprenderlo. ¡Qué poemas de pasión, de ansias infinitas va trenzando su mirada cuando se desliza por entre los párpados entornados!

Y con esas ráfagas de pasión, estrechamente fundidas a ellas, se perciben otras que dijérase de inquietud y de amargura.

Catalina se siente oprimida, encarcelada, enire las cuatro paredes del café de la Marina. Catalina, porque su padre lo ha querido así, trabaja desde niña en el café. Todos los clientes la conocen desde que era una rapazuela de largas trenzas y seno liso; todos la tutean, todos la tratan con cierto afecto, pero al mismo tiempo con cierta superioridad. Todos la han conocido obedeciendo y sirviendo siempre. "Catalina, un vermut." "Cobra, Catalina." "Agua, muchacha." "Limpia esta mesa y trae un domínó." Y allá va Catalina, con el paño, con el vermut, con el agua, y siempre poniendo buena cara, porque su padre, al mismo tiempo que a servir, la ha enseñado a ser agradable a los clientes.

Y ésta no es vida para un temperamento apasionado y soñador.

Catalina se ahoga en el ambiente y en las obligaciones un tanto humillantes del café de la Marina.

Ahora es ya una mujer. Ahora han despertado nuevos afanes en su corazón. Y de día en día el café se le va haciendo más insoportable.

Pero ¿es ésa la única causa de su preocupación?

No. En un ángulo del café, solitario en una mesa, fumando con cierta indolencia, está el Señorito.

Alguien le ha puesto este mote y a fe que le cuadra. Su americana y su flexible resaltan extraordinariamente entre los recios trajes de los pescadores.

Es el novio de Catalina, un novio de dudoso porvenir y de intenciones más dudosas todavía. El Señorito se ha cansado de repetir que no quiere vivir en el pueblo, y que emprenderá el vuelo el día menos pensado. Sus antecedentes no son tampoco nada tranquilizadores. Se cuenta que vino al pueblo huyendo del padre de una joven engañada. Se sabe que su pasado es una larga serie de calaveradas.

Pero Catalina no ve nada de esto, no puede verlo, porque ama demasiado al Señorito, tanto que en el pueblo se murmura que...

Pero ¡ah! se murmuran tantas cosas en los pueblos...

Sin embargo, la actitud de Catalina, su expresión cuando le mira desde el mostrador o se acerca a él en los momentos que el trabajo le deja libre, es la de la mujer en-

tregada, rendida a la voluntad de un hombre. Viéndola hablar con él, entonces ensombrece su semblante, no puede uno menos de preguntarse: ¿Será verdad?

II

Rosa, la hermana menor, es el reverso de Catalina. Siempre está contenta. Se mueve con vivacidad, bromea con los clientes, no para un momento.

Y aun le queda tiempo para dirigir, de vez en cuando, una mirada a Catalina.

Su hermana la tiene sumamente preocupada. Ella sabe lo que es el amor, porque ama también y comprende a las locuras que puede conducir ese sentimiento cuando se deposita en un hombre que no lo merece.

Acaso ella, que vive tan íntimamente con su hermana, sepa positivamente lo que los demás se han de contentar con suponer.

El Señorito fuma displicentemente. Ni una sola vez se ha dignado volverse a mirar a la mujer que no aparta de él la mirada.

En cambio, en el café hay otro cliente que mira frecuentemente hacia el mostrador, sin obtener el aliento de una sola mirada de correspondencia.

Este hombre es Claudio, un ma-

rinero joven y fornido, de pecho fuerte y músculos de acero.

Es arrogante, pero en su arrogancia no hay el menor refinamiento. Si Claudio hubiera nacido cuatro siglos atrás, acaso hubiera sido uno de aquellos intrépidos navegantes que descubrieron y conquistaron nuevas tierras y abrieron en el mar una red de rutas.

Claudio está jugando a las cartas. Su puño cerrado hace temblar la mesa al apoyarse en el tablero. Sus movimientos son enérgicos, pero sin llegar a ser bruscos. Sin duda, su pecho abriga un corazón tan noble como fuerte.

Claudio ha dejado ahora de atender al juego para volver a mirar a Catalina.

Es que la joven se ha acercado al Señorito y habla con él en voz baja.

Ella pregunta:

—¿Nos veremos hoy?

—Ya te he dicho lo que hay, Catalina — responde él, expeliendo lentamente el humo de su cigarrillo y sin acertar a disimular el enojo que le produce la pregunta.

—¿Lo que hay?

—Te lo he dicho muchas veces.

Estoy cansado de que tengamos que vernos a escondidas de todos, como si quererse fuera un crimen.

—¿Y qué te propones?—inquire Catalina cada vez más inquieta.

—Marcharme, alejarme de este maldito lugar de murmuración, de este pueblucho muerto donde la vida es monótona y estúpida.

—¿Marcharte?

Y Catalina ha empalidecido intensamente.

—¿Marcharte? — repite—. Yo no puedo consentir que me dejes.

El vacila un momento.

—¿Quién ha hablado de dejarte?

—¿Entonces?

—Tú vienes conmigo. Al decir me voy, he querido decir nos vamos.

Catalina piensa en su padre, en su hermana, en sus amigas, en todo, en fin, lo que la ata al terruño.

¿Cómo dejar todo eso? ¿Cómo abandonarlo en plan de huida, indigna y vergonzosamente?

—Si esperáramos...—insinúa.

Pero él se muestra irreductible.

—Ya estoy cansado de esperar.

Y Catalina piensa:

—¿Acaso puedo yo seguir espe-

rando? Hay algo que hará muy pronto evidente mi falta. Es preciso obrar sin pérdida de tiempo.

Y contesta:

—Bien. Me iré contigo. ¿Cuándo?

—Esta noche.

—¿Vendrás?

—Es mejor que nos citemos lejos de aquí. Podrían vernos y sería peor.

—Es verdad. ¿Dónde?

—En el camino de la estación, por ejemplo. A la entrada del camino de la estación.

—Está bien.

Catalina se muestra sumamente nerviosa. Una voz interior le dice que es una locura la aventura que va a emprender, pero hay otra fuerza mucho más grande que ahoga esa voz.

Apenas puede preguntar la hora. Convenida ésta, vuelve al mostrador. Las piernas y las manos le tiemblan. Nubes de temor pasan ante sus ojos. No se atreve a afrontar la mirada de nadie. Teme que en la suya pueda leerse lo que ya tiene acordado con el Señorito.

Y no son injustificados sus temores. Rosa la mira de un modo,

con una fijeza tan penetrante, que se diría que está leyendo en su frente el disparatado plan.

En el café hay otros ojos que han seguido toda la escena: los de Claudio.

Este no sospecha lo que se ha tratado en la breve conversación, pero le basta con haber visto cómo Catalina responde con la sumisión a la displicencia del Señorito, le basta con el hecho de que Catalina esté enamorada de otro y no le ame a él.

Ciego de rabia y despecho, Claudio echa las cartas sobre la mesa, recoge el montón de calderilla que tenía delante, se lo echa en el bolsillo y se levanta.

—¿Es que no juegas más?— le pregunta uno de sus compañeros.

—No. Ya me he cansado.

—¿Tan de repente?

Claudio se encoge de hombros y sale de la taberna.

¿Adónde va? A beber, a ahogar sus penas en alcohol.

Desde hace algún tiempo, desde que puso los ojos en Catalina y se vió desplazado por el Señorito, Claudio no hace otra cosa que beber.

Su madre asiste impotente a este derrumbamiento espiritual. ¿Qué puede hacer la pobre mujer, vieja y débil, contra la férrea tenacidad de su hijo? Nada y mucho. Calla y llora.

Claudio es el hombre de la casa. el que gana el sustento de los dos con el esfuerzo de sus brazos. No es ya un niño al que se puede conducir por el buen camino obligándole a la obediencia. Claudio tiene ya, no sólo el amor, sino el respeto y la gratitud de la madre.

Sin embargo, ella ha intentado varias veces apartarle de aquel vicio que de pronto se ha metido en la robusta naturaleza de su hijo, amenazando destrozarla. Y estos intentos sólo le han servido para demostrarle que no ha de conseguir nada. El mal que sufre Claudio sólo tiene un remedio. Y éste está muy lejos ahora y se alejará más aún cuando todo el pueblo se entere de lo que Catalina tiene tanto interés en ocultar.

III

Al mismo tiempo que salía el Señorito del café entró Rufina, la vendedora de pescado.

El Señorito, que la conocía bien, trató de pasar de largo, pero ella le detuvo.

—¿Qué? — le preguntó —. ¿Cuándo te casas con Catalina?

—Ya veremos. Eso es cuenta nuestra.

—Ya lo sé, hombre. Pero en el pueblo hay ganas de boda. Por eso te preguntaba.

—Pues ya tiene usted la contestación. Buenas tardes.

Y sin dar tiempo a que Rufina le hiciera nuevas preguntas, se marchó.

Rufina era la lengua más temible del pueblo. ¡Pobre del que ella cogiera por su cuenta! Tenía un arte especial para decirlo todo haciendo ver que no decía nada.

Las personas serias del pueblo huían de ella como de la peste. Sabían muy bien que hablar con Rufina tenía complicaciones. Sólo escucharla era un compromiso, porque ella se las arreglaba de modo que hacía aparecer a uno como cómplice de sus habladurías.

Lo primero que hizo al entrar en el café fué dirigir una mirada al mostrador, para ver si estaba Catalina. Pero la hermana mayor se había marchado a su habitación

muy oportunamente, dejando el café en manos de Rosa.

Entonces Rufina se ocupó de lo que allí la había llevado. Iba en busca de su marido, un holgazán que cuando no estaba en el café era seguro que se le encontraba en la playa, tendido al sol.

Rufina, vendiendo pescado, ganaba bastante para ir tirando, y el marido vivía descaradamente a costa de ella.

A veces ocurría que el holgazán entraba en el café sin dinero y pedía una copa o un vermut. A la hora de pagar, empezaba a buscarse en los bolsillos y acababa por declarar que se había dejado el dinero en casa.

Al Libori no le hacía esto ninguna gracia, y menos cuando lo hacía varias veces seguidas, con lo que la cuenta subía pronto a cinco o seis reales; pero lo apuntaba en un cuaderno, seguro de que en último extremo se encargaría de pagar Rufina.

Esta recorrió todo el café buscando a su marido y, en vista de

que no aparecía por ninguna parte, preguntó a los jugadores de cartas:

—¿Habéis visto a mi marido?

Uno de los jugadores contestó, sin levantar la vista de las cartas:

—No; ni ganas.

—Es raro.

—¿Raro?

—Sí. Siempre está con vosotros.

—En eso tienes razón. No siempre se lo puede quitar uno de encima.

—Pues no sé dónde buscarlo.

—Estará tumbado debajo de una barca. Es su trabajo favorito.

—¿Y vosotros qué hacéis? Jugar a las cartas.

—Cuando nos dejan, porque a veces viene alguien a molestarnos.

—Comprendo la indirecta. Gracias por el servicio.

—No hay de qué.

—¡Jesús qué hombres!

—¡Salud y viento fresco!

Y la Rufina salió del café para seguir buscando a aquel marido que era su pesadilla.

\* \* \*

Iba a acostarse Rosa cuando oyó ruido en la habitación de su hermana.

Le extrañó que no estuviera ya acostada, habiéndose retirado mucho antes que ella.

Entró. Catalina estaba vistiéndose. A su alrededor había prendas de vestir y una maleta a medio arreglar.

—¿Qué haces, Catalina?

—Ya lo ves.

—¿Adónde vas?

—No sé. Sólo sé que me voy del pueblo.

Rosa lo comprendió todo.

—¿Con él?—preguntó.

—Sí. No tengo más remedio que marcharme. ¿Comprendes?

Sí. Rosa comprendía. Rosa sabía más que nadie podía saber. Rosa estaba enterada de que aquel canalla había arrojado la deshonra sobre Catalina.

—¿Y crees que yéndote con él

está todo solucionado?—preguntó Rosa.

—No sé. Sólo sé que aquí no puedo seguir. Pronto se sabría lo que yo quiero ocultar. Me ha dicho que me vaya con él y con él me voy.

—¿Y lo dejas todo? ¿Dejas a nuestro padre? ¿Me dejas a mí?

—Ese es mi mayor dolor, pero, de todas formas, os hubiera tenido que dejar.

—Catalina, vas a cometer una locura. Estás ciega. ¿No se te ha ocurrido pensar en lo que puede venir después?

—Sí, pero he pensado también lo que ocurriría si me quedara.

—Catalina, yo te pido que te quedes.

—Estoy decidida a marcharme, Rosa.

—Está bien. Allá tú. Que tengas suerte.

Había vuelto la espalda. Se dirigía lentamente, preocupada y vacilante, hacia la puerta.

—Adiós—murmuró Catalina.

—Adiós—respondió Rosa.

Y la puerta se cerró separando a las dos hermanas que siempre habían vivido tan unidas.

#### IV

Tuvo que andar mucho a lo largo de la playa para llegar al camino de la estación.

Desde lejos vió cómo los pescadores, a la luz de sus lámparas que rompían la oscuridad de la noche sin luna, se hacían a la mar.

Entre ellos iba Claudio, con el pensamiento ausente y el corazón encogido por un hondo pesar. No obstante, Claudio disimulaba. Tenía la entereza de ánimo suficiente para no dejar traslucir aquel estado de postración humillante.

Las barcas no necesitaron alejarse mucho. La pesca fué rápida y abundante.

Y, entretanto, Catalina seguía avanzando por la playa hacia el camino de la estación.

Era penosa aquella marcha por la arena, con los zapatos de tacón alto. A ella le pareció interminable.

Llegó, por fin. Ahora, a esperar. Su pensamiento no cesó de laborar durante la espera. Tejía las fantasías más absurdas y extrañas. Ca-

talina, aunque despierta, estaba bajo los efectos de una penosa pesadilla.

¿Qué iba a suceder?

Se marcharía con él. Llegarían a alguna población lejana. ¿Y después? Esta era la gran incógnita. El problema vital del que su porvenir estaba como pendiente de un hilo.

Muy ciega estaba, muy tupida era la venda que su amor ponía ante sus ojos, pero algo así como un leve soplo de su subconciencia levantaba en su corazón ráfagas de duda.

¿Y después?

Esta pregunta le quemaba el pecho, llenaba su mente, imprimía al curso de su sangre un ritmo acelerado. Después... tal vez él se cansara de ella, tal vez la abandonara, tal vez hubiera de luchar por la vida con su hijito en brazos.

Sin embargo, ni un solo momento vaciló en seguir adelante. Por su pensamiento no pasó, ni siquiera fugazmente, la idea de volver atrás.

Por encima de todo estaba su amor vehemente, profundo, apasionado. Si ella no se fuera con su amado, él se marcharía solo. Y an-

tes que la separación, ella prefería la muerte.

Y pasaban las ideas negras, dando paso a la luz de la esperanza. ¿Por qué había de abandonarla? El la quería. Catalina tenía de ello pruebas que cerraban el paso a toda duda. Había oído en sus labios palabras trémulas de emoción, le había visto estremecerse entre sus brazos. ¿Por qué este amor no había de convertirse en otro cariño menos ardiente, pero más firme y seguro cuando conociera a su hijito?

No era la primera vez que un hijo había hecho cambiar a una persona.

Y entonces se veía en un hogar tranquilo, en una casita llena de luz, con su hijito al lado y un marido honrado y trabajador que vivía sólo para ellos.

Pero, de pronto, una mano misteriosa lo borraba todo y su pensamiento quedaba vacío.

Entonces volvía a florecer aquella pregunta inquietante:

¿Y después?

De súbito, sintió Catalina que el corazón le daba un vuelco. En oriente empezaban a asomar los

primeros vagidos de luz del amanecer. La aurora, y él no había llegado. ¿Por qué el amado no había llegado aún? ¿Qué justificación podía tener su retraso? Y por mucho que exprimía su mente, no encontraba ninguna explicación al hecho inopinado.

El tren que había de conducirle lejos del pueblo estaba a punto de pasar. ¡Quién sabe si ya habría pasado!

Y él no llegaba.

Su pensamiento iba sumiéndose en una obscuridad siniestra, mientras en el horizonte se hacían más amplias e inmensas las líneas del día.

Por fin, las sombras de la noche se desvanecieron por completo y la luz fué dueña absoluta del espacio.

Y él no llegaba.

Una sinfonía de oro combinó los matices de un mágico cuadro en la línea donde se fundían el cielo y el mar. Eran los juegos de luz que tapizaban los caminos del sol.

Y él no llegaba.

Salió el astro del día. Las arenas de la playa, el mar, la atmósfera, adquirieron brillos de esmalte.

Y él no llegaba.

¿Qué habría ocurrido?

Pero Catalina ni siquiera había podido hacerse esta pregunta, tal era la confusión que reinaba en su pensamiento y en su alma.

Y sin preguntarse nada comprendía que algo espantoso había ocurrido.

En su mente y en su corazón se había hecho la noche, mientras en el mar y en el cielo se hacía la luz.



V

—¿Qué haces aquí?

Se volvió sobresaltada. Allí estaba Rufina, con el holgazán de su marido.

Catalina no contestó. Miraba a la murmuradora con expresión de demente, como si no comprendiera la sencilla pregunta.

—¿Acaso has venido a despedirte de tu novio?

Catalina se estremeció. Con aquella pregunta, Rufina había clavado en su alma el aguijón envenenado de la sospecha.

—¿A despedirme?

—Sí.

—¿Es que se ha marchado?

—Pero ¿no lo sabes?

—¡Por Dios, dígame! ¿Se ha marchado?

—Pero ¿qué te pasa, mujer?... Claro que se ha marchado.

—Eso no es verdad.

—Tan verdad como el sol que nos alumbraba.

—¿Lo ha visto usted?

—Y éste—repuso la Rufina por su marido—. Precisamente venimos de la estación. Estábamos allí cuando él ha tomado el tren.

Catalina fué a decir algo, fué a lanzar algún insulto contra el cobarde fugitivo, pero no pudo.

Los sollozos se le agolparon en el pecho y rompió a llorar.

—¡Pobre Catalina!—exclamó la

insaciable murmuradora—. Abre-me tu pecho. Cuéntamelo todo. Eso te hará bien.

Pero como respuesta sólo obtuvo esta súplica:

—¡Por Dios, déjeme!

—Comprendo lo que te ha pasado, hija mía. Es que ese sinvergüenza se ha marchado dejándote un recuerdo de los que no se borran.

—¡Déjeme, déjeme! — volvió a implorar Catalina.

Y el Rufi, aquel hombre que detestaba las complicaciones tanto como el trabajo, tiró del brazo de su mujer y logró llevársela.

No supo Catalina cuánto tiempo estuvo llorando.

Por fin se serenó un poco y comprendió que era preciso tomar una determinación. Sólo había dos caminos: el que la conducía a su casa y el que la alejaba de ella.

¿Cuál de los dos debía seguir? El último quedó en seguida descartado. ¿Adónde podía ir sin plan y sin dinero? En otras circunstancias, no le habrían importado la lucha ni la muerte, pero ahora no había que pensar sólo en sí misma, sino también en el nuevo ser que había

de quedar como memoria de aquel amor desdichado.

Y esto fué lo que le hizo tomar la determinación de volver atrás por el mismo camino que horas antes había seguido para dirigirse al lugar de la cita.

Parecía una sonámbula. Avanzaba lentamente, automáticamente, vacilando como si estuviera ebria.

En sus ojos impávidos había una expresión de angustia infinita. Su mirada se perdía en una lejanía invisible y todos sus miembros se movían con un abandono mortal.

Le dolían los pies, le molestaban los zapatos. Se detuvo un momento para quitárselos y continuó su camino descalza.

Llevaba los zapatos en la mano. Uno de ellos se le cayó, sin que Catalina se diera cuenta. Y con un solo zapato en una mano y la maleta en la otra, anduvo y anduvo hasta llegar a su casa.

Todo el pueblo dormía aún. Sólo en la playa empezaba la vida, con la vuelta de los pescadores.

Catalina entró en su casa sin hacer ruido, se deslizó en su dormitorio y se echó en la cama sin quitarse la ropa.

\* \* \*

Entretanto, Rufina y el Rufi se encontraban con los pescadores que empezaban a descargar la abundante pesca.

El Rufi, oliendo el trabajo, intentó continuar el camino, pero ella lo detuvo. No era cosa de desperdiciar aquella magnífica ocasión de poner en juego la lengua.

Los pescadores empezaron por descargar el pescado que ya habían colocado en cajas y después sacaron a tierra las redes, para ir desprendiendo, uno a uno, el pescado que había quedado enredado en las mallas.

Era el momento que esperaba Rufina. Se acercó a los pescadores y, con el pretexto de ayudarles, empezó a charlar con ellos.

—¿No sabéis que el Señorito se ha marchado?

Las manos de Claudio se detuvieron un momento sobre la red. Sus ojos se fijaron en Rufina con inocultable ansiedad. Un pescador

viejo que estaba al lado de la murmuradora, no pudo contenerse:

—De buena mañana empiezas con tus cuentos.

—¿Cuentos? Pregúntaselo a Catalina, y ella te dirá si es verdad o no lo que digo.

—No le preguntaré nada, porque no me importa.

—Pues sin preguntarle lo puedes saber. No hay más que mirarle la cara para comprender que el hombre se le ha ido. Ahora acabo de encontrármela. ¡Cómo ha llorado la pobrecita cuando le he dicho que he visto cómo su novio tomaba el tren! Ella llevaba una maleta en la mano e iba vestida como para marcharse del pueblo.

El pescador viejo se separó con un violento ademán de la murmuradora, al mismo tiempo que exclamaba:

—¡Qué lengua tienes, condenada! Es una espada de dos filos.

Pero el veneno ya estaba lanzado. Antes de que el sol empezara a descender, todo el pueblo sabría que Catalina había sido abandonada por su novio cuando iba a huir con él.

VI

A poco de acostarse Catalina, se levantaba Rosa. masiado que también él la tenía segura a ella.

Empezó a arreglarse ante el espejo y aun no había terminado su *toilette*, cuando en la calle empezaron a oírse silbidos.

Rosa se acercó a la ventana y, sin levantar el visillo para no ser vista, miró a la calle.

Allí estaba Rafael, el alegre pescador que adoraba a Rosa y era correspondido por ella con creces.

Pero Rosa lo tenía seguro y no creía conveniente demostrarle de-

masiado que también él la tenía segura a ella.

Por eso volvió al espejo y continuó arreglándose tranquilamente, mientras Rafael se deshinchaba silbando.

En vista de que los silbidos no daban resultado, Rafael empezó a llamar a la puerta del café.

Rosa bajó por fin y le abrió.

—¿Qué quieres?

—Que sirvas a un cliente que tiene sed.

—No es hora de abrir el café todavía.

—Pues para mí ya está abierto.

Y empujó la puerta y entró en pos de Rosa, que se había dado a la fuga.

La alcanzó antes de que ella hubiera llegado a la escalera y, sujetándola por el talle, la besó en los labios.

Ella hizo como si se defendiera y después como si se quejara.

—¡Eres un imprudente! ¡Si hubiera bajado mi padre!...

—¿No vas a ser mi mujer?

—Todavía no lo tengo decidido.

—Pues yo sí.

En este momento se oyó la voz del dueño del café en lo alto de la escalera:

—¡Rosa!

—¿Qué?— contestó la joven un tanto azorada y mientras se deshacía de los vehementes brazos de su novio, que seguían rodeando con obstinación el delicado talle.

—¡Ve por agua!

—Está bien. Voy en seguida.

Y le dijo por señas a Rafael que saliera del café, para evitar que su padre pudiera verle.

Por una vez en la vida, él obe-

deció y esperó en la puerta a que saliera Rosa.

Su novia no tardó ni medio minuto. Llevaba un cántaro que entregó a Rafael para que se lo llevara.

—Tú tienes más fuerza —dijo para justificarse.

Pero Rafael no estaba dispuesto a pagar aquel tributo por ser un hombre fuerte.

—No me gusta ir cargado.

—Los hombres deben ser galantes con las mujeres.

—Bueno, bueno —dijo Rafael cogiendo el cántaro—; hoy te lo llevo, pero no creas que esto va a ser siempre. No es la mujer la que manda, sino el hombre. Apréndete esto bien, para cuando nos casemos.

—¿Quién piensa en eso ahora?

—repuso Rosa fingiendo una indiferencia que estaba muy lejos de sentir.

—¿Quién ha de pensar? Tú.

—¡Qué pretensiones!

—Si no nos conociéramos...

Con estas discusiones amenizaron su camino hacia la fuente.

Una vez allí, dejaron las dispu-

tas para entregarse, especialmente Rafael, que era un apasionado, a las más vehementes demostraciones de amor.

Menos mal que junto a la fuente había una tapia protectora y tras ella empujó Rafael a Rosa, al mismo tiempo que la abrazaba.

\* \* \*

El Libori había logrado arrancar a Catalina toda la verdad cuando la encontró en su cuarto, después de haberse enterado de su huida.

Tuvo que hacer un esfuerzo para contenerse y no abofetear a la que con su pecado había arrojado la mancha de la deshonra sobre la familia.

Pensó en el café. El escándalo no conviene a ningún negocio. Esto fué sin duda lo que sujetó su mano.

Pasó el tiempo necesario para que la serenidad volviera al espíritu conturbado del Libori y éste pudiera pensar lo que correspondía hacer.

Una mañana, cuando el Libori

acababa de abrir el café y éste estaba vacío todavía, Catalina recibió órdenes terminantes de su padre:

—Prepárate para marcharte a casa de tu tía. Pronto sería imposible ocultar tu desgracia. No demos más motivos para que la gente murmure. Cuando haya pasado todo, volverás, porque haces falta en el café. Tu tía ya está avisada. Le escribí y me ha contestado diciendo que está conforme. No tengo más que decirte.

Catalina subió a su habitación. Se puso el vestido nuevo, cogió su maleta—aquella misma maleta que sacó de casa la noche inolvidable— y salió de la casa paterna.

Tomó primero el autobús de la estación, el tren después y finalmen-

te otro autobús que la condujo al pueblo donde vivía su tía.

El viaje de Catalina levantó una nueva oleada de murmuraciones.

El Libori decía a todos lo mismo:

—Mi hermana está delicada y le he mandado a Catalina para que la cuide.

Pero todos sonreían irónicamente y se decían: “La que necesita que la cuiden es Catalina.”

VII

Pasó el tiempo. Un día, en el pueblo volvió a hablarse de la hija del Libori. Ya había regresado. Estaba más delgada. Evidentemente, había sufrido mucho. En el único taller de modistas que había en el pueblo, se comentó mucho el regreso de Catalina.

Su padre estaba detrás del mostrador cuando la vió entrar.

Las facciones del viejo no mostraron la menor emoción por la vuelta del ser querido.

Sólo le habló del café.

—Ahora a trabajar. Yo ya soy viejo y no estoy para ciertas cosas. He tenido que cargar con toda la faena mientras tú has estado ausen-

te. Y ahora a ver si te acuerdas de lo que has de decir cuando te pregunten. Tu tía se ha puesto bien y has vuelto porque ya no tenías nada que hacer allí. ¿Estamos?

Catalina hizo con la cabeza un movimiento afirmativo, que al mismo tiempo era de sumisión.

—Y a ver si esto te sirve de escarmiento—continuó el Libori— y piensas solamente en el trabajo. El café es el café y eso está por encima de todo. ¿Qué sería de nosotros sin el café? A él se lo debemos todo. Yo ya he hecho bastante con no romperte un hueso. A ver si ahora tú correspondes tomándote interés por el trabajo.

Catalina decía a todo que sí... ¿Qué remedio le quedaba, sino doblegarse a la voluntad de su padre y enterrarse en vida entre aquellas cuatro paredes?

Ella ya no podía esperar nada

del mundo. Ella sabía muy bien que desde entonces viviría envuelta en una atmósfera de burla y, a lo sumo, de conmiseración.

Y su orgullo de mujer sangraba, lo mismo que su corazón herido.

\* \* \*

Al regresar de una de aquellas cotidianas visitas a la fuente, Rafael cogió a Rosa de la mano y se fué decidido hacia el Libori.

Con pocas y rudas palabras le expuso su decisión de casarse con Rosa.

El Libori sabía que Rafael era un muchacho honrado y trabajador y no tenía nada que oponer, pero le sorprendió un poco el tono de exigencia del pescador.

—No vayas tan de prisa, muchacho. ¿Qué significa eso de que vas a casarte con Rosa? Primero hay que pensarlo, pues una boda no es un viaje en autobús.

—¿Pensarlo? ¿Acaso no lo ha pensado bastante desde que sabe

que Rosa y yo nos queremos?... Quiero que me conteste sí o no ahora mismo.

—¿Estás seguro de hacerla feliz?

—Completamente. Tengo un par de brazos que valen mucho y me sobran las ganas de trabajar. A mi lado no ha de faltarle nada a Rosa. La quiero. ¿Qué más puede pedir una mujer?

—Pero ella... ¿qué dice?

—Rosa y yo ya hemos hablado de eso muchas veces, y los dos estábamos deseando que llegara este momento. ¿Verdad, Rosa? Díselo a tu padre, para que se entere.

Rosa declaró que Rafael decía

verdad y el novio, arrastrado por su ruda franqueza, añadió:

—Yo quiero casarme con Rosa y cuanto antes, porque mis intenciones son honradas. No todos desean casarse, como sabe muy bien Catalina.

Esta empalideció ante la ofensa.

—¡Quieta la lengua, que nadie te ha preguntado nada! ¡Sólo faltaba que tú fueras como el otro para que Rosa acabara como yo! Si tú vas a ser feliz, confórmate con tu felicidad y no te preocupes de la desgracia ajena.

—Mi indignación no es contra ti sino contra aquel canalla, Catalina. ¡Ah, si yo le echara la vista encima!

—Dejemos eso ahora—intervino el Libori—. Aquí se trata de que tú quieras a Rosa, y Rosa te quiere a ti, y los dos queréis casaros. Pues bien, yo no tengo ningún reparo que oponer.

Se detuvo un momento y añadió:

—Ahora bien: no olvides lo que voy a decirte. Te la entrego para que la hagas feliz. Si fueras para ella un mal marido...

Rafael no le dejó acabar.

Enlazó a Rosa por el talle y le dijo mimosamente:

—¿Qué te parece, Rosa? Dice que si seré un buen marido para ti. ¿Tú que opinas?

El Libori protestó contra aquellas vehemencias.

—¡Eh, eh! ¡Que todavía no estáis casados!

—Es que tenemos que darnos la enhorabuena — dijo Rafael para justificarse.

—Pues para eso—replicó Catalina—debéis esperar a quedaros solos.

Al conocerse la noticia en el pueblo, cundió la alegría. Una boda era una fiesta en la que tomaban parte todos los vecinos.

VIII

Llegó por fin el día tan ansiado por los prometidos.

Rosa se puso un vestido de novia que en el pueblo podría parecer una maravilla...

De Rafael podía decirse otro tanto, con la agravante de que le costaba Dios y ayuda dar un paso con sus botas.

El Libori había sacado del armario el traje que sólo se ponía en las grandes solemnidades y su chaleco aparecía cruzado por una cadena como un dedo de grueso.

Cuando los novios salieron de la casa cogidos del brazo, un fotógrafo les esperaba con la máquina preparada.

Les suplicó que se detuvieran un momento para tirar una placa y los dos obedecieron gustosísimos, especialmente Rafael, que adoptó una actitud napoleónica.

Después, con un gesto también magnífico, se llevó la mano al bolsillo y arrojó al aire un puñado de caramelos. El Libori hizo lo mismo y la comitiva se vió rodeada inmediatamente por una nube de chiquillos que se disputaban heroicamente las golosinas.

Se dirigieron a pie a la iglesia. Los vecinos, a las puertas de sus casas, los saludaban y les felicitaban.

Y, entretanto, en la cocina del

café, Catalina trabajaba acompañada de Salvadora, la madre de Claudio, en la comida de bodas a la que debía asistir todo el pueblo.

Salvadora era una buena mujer a la que Catalina estimaba de veras.

La mejor prueba de confianza se la estaba dando ahora, contándole lo que a nadie había contado.

—Puede usted imaginarse lo que sufrí. Yo quería conservar a mi hijito aunque se pareciera a aquel canalla. Pero mi padre, aconsejado por mi tía, se empeñó en lo contrario. Mi padre es un buen hombre y nos quiere. Pero para él lo primero es el café, y lo que pueda decirse en el pueblo, y los que vienen a renegar jugando a las cartas. Mi padre no se preocupa de si yo me muero de tristeza entre estas cuatro paredes, si veo a Rosa que tendrá hijos bautizados... Y yo no

tendré nada. Sólo la amargura de verme en lenguas de todos.

—No llores al mal tiempo, Catalina —replicó Salvadora compadecida de ella—. El mundo da muchas vueltas. Tu caída no es como la de otras, porque tú lo amabas e ibas de buena fe. Lo creiste.

—Bien puede decirlo.

—¿Y dicen que está en Francia?

—¡Quién sabe dónde está! Y es mejor no saberlo, porque mi padre calla, pero lo mataría si supiera dónde lo podía encontrar.

Después Salvadora correspondió contando a Catalina sus amarguras, pues también las tenía. Claudio, su hijo, se había entregado a la bebida como un loco. Era un vicio que le dominaba cada vez más, un vicio que acabaría por perderlo.

Y estuvieron hablando y trabajando hasta que los novios y su cortejo regresaron de la iglesia.

\* \* \*

La boda fué un éxito.

Todo el pueblo asistió, y todos

comieron en abundancia y se divertieron de lo lindo.

Puede decirse que el único que faltó fué Claudio.

Pero nadie dió importancia a aquella ausencia. De un tiempo a aquella parte, Claudio, fuera del trabajo, no tenía más preocupación que la de la bebida.

Bien es verdad que en la boda hubiera podido beber a su antojo, pero tampoco esto podía ser una solución, pues Claudio amaba la soledad tanto como la bebida.

El Libori estaba muy contento. Rosa se había casado bien. Había encontrado un marido honrado, trabajador y dispuesto.

Como todos, bebió un poco más de la cuenta e incluso se puso a bailar con Salvadora.

Otro tanto hicieron Rufina y el Rufí, momento que aprovechó la murmuradora para decir a su marido:

—Me parece que ese *franchute* está a punto de morder el anzuelo. En toda la tarde no ha apartado un momento la vista de Catalina.

—Pero, mujer, ¡que siempre has de estar metiéndote con lo que hacen los demás! Preocúpate de ti.

—Si sólo me preocupara de mí ¿de qué vivirías, so holgazán?

—Ya salió aquello. ¿A quién se

le ocurre hablar de eso en un día como éste?

—Mira, mira. Se le cae la baba contemplándola.

Tenía razón Rufina. El *franchute*, como ella le llamaba, era monsieur Bernat, comerciante de pescado, que había ido a ver al Libori por cuestiones del negocio y había sido invitado a la boda por el cafetero.

Monsieur Bernat se había sentido desde el primer momento vivamente impresionado por la sana belleza de Catalina, por aquel cuerpo arrogante, por aquellos brazos, por aquellos ojos oscuros y soñadores.

Y no había ocultado esta admiración al Libori, al cual dijo aprovechando una oportunidad:

—¿Sabe usted que tiene una hija que vale todo lo del mundo?

—No en balde es hija mía—repuso el Libori, que aquella tarde no podía tomar nada en serio.

—¡Y tan trabajadora!

—A eso no hay quien la gane. Ella sola lleva todo el peso del café.

Catalina, entretanto, permanecía ausente de aquel bullicio y de aquella alegría.

Su pensamiento vagaba muy lejos y sus ojos tristes parecían escrutar horizontes remotos.

Ella no podía estar contenta. La fibra de la alegría se había roto en su alma. Ella deseaba la felicidad de Rosa, pero veía también que aquella felicidad sería para ella como una burla cruel. A todas horas estaría viendo lo que había querido tener y no tenía. Y cuando Rosa tuviera hijos, si los tenía, ella estrecharía a sus sobrinos entre sus brazos, no sólo con cariño, sino también con el dolor de no poder estrechar igualmente al hijito de sus entrañas.

Todo esto estaba pensando Catalina mientras los ojos de monsieur Bernat se fijaban tenazmente en ella.

Los novios hacían frecuentes des-

apariciones y reaparecían a los pocos momentos. Entonces Rufina hacía notar al que encontraba más cerca que Rosa estaba muy colorada.

—Allá ellos—le contestaban invariablemente—. Ya están casados y poco pueden importar los colores.

—No digo lo contrario. Pero bien podían esperarse a que nos hubiéramos marchado.

Y Rufina decía esto con cierto coraje y como si le supiera mal que sus murmuraciones cayeran en el vacío por el hecho de que Rosa estuviera ya casada.

Hubo música y baile hasta muy avanzada la tarde. Por fin, empezaron a desfilar los invitados y en el café quedaron únicamente Catalina, su padre y monsieur Bernat.



IX

—¡No podrán quejarse del Libori! —exclamó el dueño del café—. Se han dado un buen banquete y han bebido hasta hincharse. Ahora todo ha terminado.

—¡Ha sido una fiesta inolvidable!

—Pero todo termina. Ahora empieza lo peor: la realidad, el trabajo. Se han divertido mucho, pero lo han dejado todo en desorden.

—Pues yo digo que en el café se ha quedado lo mejor —afirmó monsieur Bernat, mirando ávidamente a Catalina.

Y como la verdad era que a la hija mayor del Libori no le era aquel hombre nada simpático, por

su facha y por su edad, se apresuró a despedirse.

—¿Ya se va usted?—dijo monsieur Bernat en son de protesta.

—¡Qué remedio! Tengo mucho trabajo.

—Hoy no es día de trabajar.

—En el café todos los días hay trabajo. Para el café no hay fiestas.

—En eso tiene razón Catalina —convino el Libori—. Esas puertas no se cierran nunca.

—¡Es una pegiguera!

Y tuvo que conformarse con ver por última vez a Catalina, cuando se dirigía a la angosta puerta que



... por donde pasa de vez en cuando un marinero con los avíos de pesca.



Catalina estaba vistiéndose.





—¡Por Dios, dígame! ¿Se ha marchado?



... Rafael, el alegre pescador que adoraba a Rosa...



El Libori había logrado arrancar a Catalina toda la verdad...



En el único taller de modistas que había en el pueblo se comentó mucho el regreso de Catalina



—Ahora a trabajar.



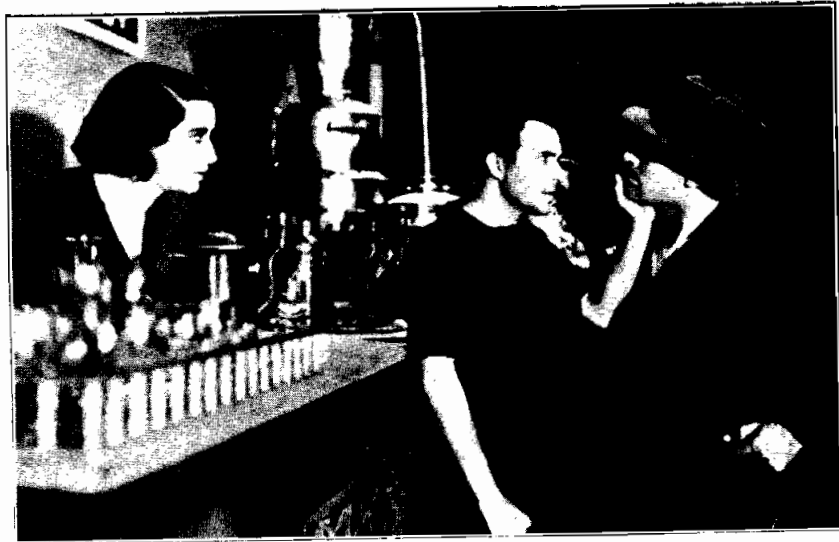
—... Yo quería conservar a mi hijito.



... todos comieron en abundancia...



... irrumpió en el café una elegante pareja...



—¡Si no fuera porque no tengo ganas de bronca!...



—Aquí está el pasaje.



—¿Lo dices en serio, Claudio?



El Libori tendió la mano a Claudio.



—Oiga bien lo que voy a decirle.



—Pedid lo que queráis, que yo os convido.

## E L C A F E D E L A M A R I N A

conducía a las habitaciones interiores del café.

—Ahora — dijo el Libori, sentándose al lado del francés— aprovechemos estos momentos de calma para hablar del negocio.

Monsieur Bernat hizo un gesto de desagrado.

—Si he de serle franco, amigo mío, le diré que no tengo prisa ninguna en hablar de eso. Yo he venido aquí porque la fiesta me atraía y he de decirle que hacía mucho tiempo que no había pasado una tarde tan agradable... Mire, lo mejor es que nos olvidemos del negocio y hablemos un poco de Catalina.

—¿De Catalina? ¿Que tiene que ver ella en todo esto?

—Sí que tiene que ver, monsieur Libori.

—Si no se explica.

—¡Claro que le explicaré! Mire, yo soy un hombre muy serio. Desde que me quedé viudo, como cuando vivía mi esposa, nadie puede decir que me ha visto haciendo el calavera como otros. Usted puede preguntarlo en mi pueblo...

—No necesito preguntar nada, monsieur Bernat. Pero no sé a qué viene esto.

—Ahora mismo lo sabrá. Yo he pensado en casarme, porque un hombre solo es como una cuerda sin pozal, o un pozal sin cuerda. Bien puedo hacer feliz a una mujer. Mi posición no es mala, como usted sabe. No soy viejo y estoy sano y fuerte.

—Tampoco lo dudo, monsieur Bernat.

—Pues bien; su hija Catalina me gusta mucho. Es la mujer que yo he soñado para esposa. ¿Qué le parece si usted, de la noche a la mañana, se convirtiera en suegro mío?

El Libori estaba profundamente sorprendido y emocionado.

Casar a Catalina, después de lo ocurrido, era para él un sueño. Casarla con un hombre rico y serio como monsieur Bernat, ni siquiera soñarlo podía.

—¿Qué dice usted, monsieur Libori?

—Pues digo que así... tan de pronto, no sabe uno qué decir.

—¿Tan de pronto? ¿A qué perder el tiempo en rodear? Los dos somos hombres de negocios y estamos acostumbrados a tratar las cosas lo más brevemente posible.

—En efecto, monsieur Bernat. Pero ha de tener en cuenta que una

mujer no es un barril de anchoas... En fin, si ella quiere.. Yo, por mi parte, no tengo nada que oponer.

—¿De veras no le disgustaría que fuera su yerno?

—Al contrario.

—Entonces tengo el pleito casi ganado. Ella es una mujer de su casa y respeta a su padre y le obedece. Expóngale mi deseo a la chica, y no hablemos más por hoy. Mañana vendré por la respuesta. Ahora me voy a la fonda a descansar y usted piense bien en mi proposición por si encuentra algún reparo que oponer y...

—¿Reparo? Ya le he dicho que ninguno por mi parte. Pero...

—Pero ¿qué?

—Que todo esto me parece algo así como una broma.

—Nada de bromas, monsieur Libori. Ya me conoce usted. Yo soy un hombre serio.

—Pues no hablemos más, monsieur Bernat. Ahí va mi mano y hasta mañana.

—Adiós, monsieur Libori —repuso el francés, estrechando la mano del cafetero.

Y ya se dirigía a la puerta cuando se volvió para decir al Libori:

—¡Ah! Y de todo esto, ni una palabra a los pescadores. Ellos siempre están de broma y...

—Descuide, monsieur Bernat. Ni una palabra.

Y cuando el francés se marchó, el Libori se quedó como deslumbrado. No podía creer que fuera verdad tanta belleza.

X

Apenas se marchó el francés, entraron en el café el Rufí y otro pescador viejo, llamado el Baldiri.

Los dos habían estado espiando desde la calle la animada conversación que mantenían el francés y el Libori.

Y como el Rufí era tan curioso y fisgoneador como su mujer, aunque delante de ella fingía lo contrario, convenció al Baldiri de que entraran para ver de averiguar cuál había sido el tema de la secreta conversación.

—Has quedado como un rey, Libori—exclamó el Baldiri—. ¡Vaya banquete que nos has dado!

—A mí siempre me ha gustado quedar bien.

—¡Y que lo digas!  
El Rufí metió baza.

—¿Y qué me dices del francés, Libori?

—Que está muy satisfecho.

—¡Hay que ver cómo ha tragado! ¡Y cómo miraba a Catalina! Se la comía con los ojos.

—También eso es verdad.

—A lo mejor está enamorado de ella, ¿verdad, Libori?

El dueño del café vaciló un momento y dijo en voz baja:

—Si me guardáis el secreto...

—Eso ni que decir tiene.

—Cuenta, hombre, cuenta — le animó el Baldiri.

—¡Pero ni una palabra!—advirtió el Libori.

—Sí, hombre.

—Escucharemos y olvidaremos.

Entonces, el cafetero se decidió a decir:

—Pues habéis de saber que la fortuna se me ha metido en casa. ¡Vaya suerte que he tenido!

—¿Quieres acabar de una vez?

—Sí. Ahí va la gran noticia. Hoy se me ha casado una hija. Monsieur Bernat se casará con la otra.

—¿Es seguro?

—Ya está todo decidido. Se casan y pronto.

—¿Y Catalina qué dice? —preguntó el Rufí.

—¿Qué ha de decir? —mintió despreocupadamente el Libori—. Está encantada. Lo ama y ya no piensa más que en el francés. ¡Buena pareja hacen! ¿Qué os parece?

—¿Qué ha de parecernos? A falta de pan, buenas son tortas.

—¿Qué quieres decir, Rufí?

—Que él ya no es precisamente un pollo tierno.

—Pero está fuerte y sano como un joven de veinte años. Además, y eso es lo principal, es un hombre serio y distinguido, que tiene un

importante negocio y más dinero que pesa.

—Eso es verdad —convino el Baldiri.

—¿Y está enterado de aquello? preguntó el Rufí.

—¿De qué?

—¿De qué ha de ser? De lo del novio que tuvo Catalina.

—En eso no se fijan los franceses —repuso el Baldiri.

—Además—dijo el Libori—, no hay duda de que él lo sabe. En este pueblo no hay secretos para nadie. Por otra parte, Catalina es una mujer que muchos la quisieran para sí.

—Compréndeme, Libori —dijo el Rufí en son de disculpa—. No lo he dicho por ofender a Catalina. Sólo quería prevenirte.

—Bueno, bueno. Yo voy a ver el secretario para ir preparando las cosas. Y vosotros, ni una palabra a nadie.

—Puedes estar tranquilo.

Pero, a pesar de estas seguridades, a la media hora ya estaba todo el pueblo enterado de la proyectada boda entre el francés y Catalina.

\* \* \*

Ya estaba Catalina detrás del mostrador, cuando irrumpió en el café una elegante pareja y tomó asiento en la primera mesa que encontró.

Sólo dos parroquianos más había en el establecimiento a aquellas horas: el Rufí i el Baldiri, los cuales interrumpieron su charla para admirar y comentar la belleza de la joven.

Catalina se acercó a ellos y preguntó:

—¿Qué desean?

—Para mí—dijo el acompañante de la joven— una cerveza y para la señorita, Calisay. Es lo mejor para la voz. La señorita canta.

Fué Catalina hacia el mostrador y se dispuso a servir lo pedido.

La artista parecía muy complacida de la admiración que causaba a los dos pueblerinos que, desde la mesa vecina, lo devoraban con los ojos.

Adoptó una postura provocativa y preguntó a sus vecinos de mesa:

—Ustedes son hijos del pueblo, ¿verdad?

—Sí, señorita—contestó Baldiri—hijos vecinos.

—¿Y se pesca mucho?—intervino el acompañante de la artista.

—Se pesca lo que se puede—repuso Rufí, echando una mirada a las piernas de la artista y preguntando a su vez—: Y ustedes son de Barcelona, ¿verdad?

—Sí, vamos de paso para Portbou.

En este momento dos nuevos parroquianos entraron en el café y se sentaron en la misma mesa que ocupaban el Rufí y el Baldiri.

Catalina sirvió a la pareja y de nuevo volvió al mostrador para continuar su trabajo.

—Quisiera—dijo la artista—salir una noche a pescar.

—Es trabajo para pobres—repuso el Rufí—. Además muy sucio y expuesto... Usted es artista, ¿verdad?

—Sí, señor, artista—repuso ella, dándose importancia

—Y muy bonita —intervino el Baldiri.

—¡Qué galantes son los pescadores!—exclamó la artista orgullosamente.

—¿Y dicen que van a Portbou? —preguntó el Rufí.

—En seguida partimos.

—Aquello es más divertido que este pueblo — declaró el Rufí—. Aquí no hay distracciones. Hace un año vino una artista. Una bailarina y bailó aquello... ¿cómo se llama?

Preguntó a su amigo el nombre del baile y éste repuso:

—No se de qué me hablas.

—Sí, hombre. Aquel baile que...

Y como no encontraba palabras para explicarlo, recurrió a las demostraciones prácticas

Se levantó, se echó un pañuelo sobre los hombros, sujetándolo por las puntas y comenzó a mover el torso con toda la celeridad de que era capaz.

Todos rieron la ocurrencia.

—¡Eso es la rumba!

—¡Así se llama!—exclamó Rufí satisfecho.

La llegada de Claudio cortó la

conversación. Todas las miradas se volvieron hacia él.

Claudio saludó a los pescadores y, pausadamente, sin hacer el menor caso a la elegante pareja, fué hacia el mostrador y pidió un pernod.

Mientras Catalina se lo servía, Claudio preguntó en voz baja y con una mueca de desdén:

—Escucha, ¿quiénes son aquellos?

—Ella es una artista de Barcelona. Van a Portbou.

—¿Y él?

—¡Qué sé yo! Alguien que la acompaña... ¿Como es que no has venido a la boda de mi hermana? Asistió todo el pueblo.

—El trabajo —se excusó Claudio—. Mejor dicho, no estaba para bodas.

Y se llevó a los labios la copa de pernod.

La artista, desde que Claudio había entrado en el café, no le quitaba ojo.

Claudio le volvió la espalda despreciativamente, y Catalina, advirtiendo este gesto, comentó:

—¡Que despreciativo estás con las mujeres! ¡Una artista tan elegante y tan guapa!

—¡Artista! — comentó Claudio sarcásticamente—. Cuando yo hacía el servicio en Barcelona vi muchas mujeres como ésta. Todas se creen artistas. Lo mismo que esa que viene a presumir entre los pescadores de que la contratan a Portbou. ¡Quisiera verlo! En cuanto a él, conozco muchos tipos como ese, ¿Habrás trabajado alguna vez?

La pareja se levantó y el joven llamó para pagar. Entretanto, la artista se acercó a Claudio y le dijo:

—Escucha, pescador... Si te dijera que me gustas, ¿qué dirías?

—Que pierdes el tiempo.

—¿No te gustaría bailar conmigo?

—No.

—¿Por qué?

—Por lo mismo que me gusta bailar con otras. Anda, vete a Portbou. No te entretengas, que se hace de noche y tu galán te espera.

—¿Cuánto hay que aquí a Portbou?

—Remando tres horas.

—Entonces te espero a media noche en la "Congesta". Bailaremos.

Se había cogido de un brazo, pero él se deshizo de ella, dándole un empujón.

El acompañante se creyó en el caso de intervenir y corrió la misma suerte que la artista.

—¡Si no fuera porque no tengo ganas de bronca! —dijo un tanto atemorizado por la decisión del pescador.

Y acercándose a la artista la cogió de un brazo.

—Vámonos. Se nos hace tarde— y añadió en voz baja—: Siempre me estás comprometiendo.

—Es que lo encuentro muy simpático.

Y salieron del café.

Catalina, que había seguido la escena con viva curiosidad, preguntó a Claudio:

—¿Por qué tratas tan mal a las mujeres?

—Es que esta gente se ha creído que podía reírse de un pescador, ¡Son dos muertos de hambre! No comen más que una vez cada dos días. Se visten elegantes y creen que son artistas.

—Suerte que no viene mucha gente así al café. De lo contrario, con tu genio, nos dejarías sin clientes.

—Eres como tu padre. Lo pri-



mero el café. Si yo tuviera un establecimiento, te aseguro que no dejaría entrar gente como esa.

—¡Qué escrupuloso te has vuelto! ¡Será cosa de exigir la partida de casamiento a todas las mujeres

que vienen al pueblo acompañadas de un hombre!

Claudio no contestó. Acabó de vaciar la copa y salió del café con un gesto de desesperación, que nadie comprendía, y Catalina menos que nadie.

X

A la mañana siguiente, cuando Catalina, sentada al sol, se ocupaba en ciertas labores de aguja, el Libori se acercó a ella y, de buenas a primeras, le preguntó:

—¿Qué te parece monsieur Bernat?

Catalina levantó la cabeza, sorprendida por la pregunta.

—¿Que qué me parece?

—Sí.

—¿Qué quiere que me parezca? Que es un buen hombre.

—¿Y nada más?

—Sí, que tiene un poco de vientre.

—¿Y nada más?

—Que es un hombre bastante maduro.

—¿Eso es todo?

—No puedo decirle nada más de ese hombre, porque, como no me interesa, no me he fijado en él.

—Pues, hija mía, conviene que te fijes.

—¿Yo?

—Sí, conviene que te fijes en el dinero que gana, en su importante negocio, en que es un gran señor.

—Que le aproveche—repuso Catalina con una mueca de indiferencia.

—No me has comprendido, Catalina.

—¿Qué es lo que he de comprender?

—Oye, Catalina: ¿tú crees en tu



padre? ¿Tú crees que te quiero bien?

—Dios mío, ¡qué preguntas!

—¿No te diste cuenta de que ayer, durante la fiesta, monsieur Bernat...?

—Comía como un desesperado y no se quedaba atrás bebiendo. Todos los franceses tienen buen estómago.

—Escucha. ¿No te diste cuenta de que monsieur Bernat se derretía cuando bailó contigo?

—¿Cómo no iba a darme cuenta si había que ver cómo apretaba? Parece mentira que a sus años...

—Ya lo vi —confesó Libori ingenuamente— pero hacía la vista gorda. El no lo hacía con mala intención. En Francia acostumbran bailar así.

Catalina empezaba a temer que su padre tenía que decirle algo de suma importancia. Y presa de ciertas inquietantes sospechas, exclamó:

—¿Quiere decirme lo que sea, padre? ¿A qué viene el hablar con tanto misterio del francés?

—Pues ahí va, hija mía. Monsieur Bernat quiere casarse, está enamorado de ti. Y tú serás su mu-

jer y todos tendremos asegurada una vida tranquila.

—¡Eso sí, que no!—protestó Catalina—. No soy tan desgraciada para casarme con un hombre como ese. Parece una sandía con barba y bigote. ¡Ni que estuviera loca!

La amabilidad con que hablaba el Libori empezó a entibiarse.

—Calma, calma, Catalina—dijo imprimiendo a su voz un registro más grave—. Estas cosas se han de tratar despacio. Yo creo que una ocasión como esta ha de atraparse en seguida y sin dar tiempo a que la cosa se enfríe.

—Pero ¿no se trata de una broma, padre?

—Así lo creí yo al principio. Pero él me ha asegurado formalmente que te quiere, me preguntó mi opinión y le contesté que encantado de tenerlo por yerno.

—¿De modo que se ha comprometido? —inquirió Catalina con una mueca de horror.

—Sí, le di palabra. Lo hice porque creía que cuando te lo dijera tú te pondrías a saltar y a bailar de contenta. No se me podía ocurrir otra cosa siendo monsieur Bernat un caballero tan distinguido y con tanto dinero.

—Pero ¿no comprende usted que a mí me horroriza pensar que un hombre así me bese en la boca?

El Libori sonrió con sarcasmo.

—¿Eso es todo lo que se te ocurre? ¿Sólo eso ves en tu matrimonio? Piensa con la cabeza, Catalina. ¿Qué esperas pasándote la vida en este pueblo, detrás del mostrador? ¿Qué hombre del pueblo de los que puedan gustarte, querrá casarse contigo después de lo que te ha pasado y de lo que se cuenta?

Un velo de amargura cubrió el semblante de Catalina, que suplicó:

—¡Por Dios, padre!

Pero el Libori continuó imperturbable:

—No nos engañemos, querida. Tú sabes que yo me he mordido las uñas y me he tragado la hiel. No te arrojé de casa ni te rompí un hueso como merecías, porque soy tu padre y porque me acobardó la desgracia y porque... el café es el café. Te fuiste del pueblo, pusimos tierra por medio, pero no nos hagamos ilusiones: aquí se sabe todo. Ya ves que soy viejo y que llegará un día en que te quedarás sola y sin nada, porque somos pobres.

Y ahora compara esa situación con esta otra. Llega el francés y dice: "Entendidos, todo queda de mi cuenta". Y el francés te tiene como una reina allá en su pueblo donde no saben nada, y las *madames* te saludan al salir de misa, y buena mesa y cama y con colchón de lana.

Pero Catalina tenía otras razones para seguir negándose.

—Es que... comprendelo.. es que ese hombre... no sé cómo decirlo... me da asco.

—¿Y el otro no te daba asco? —replicó Libori, perdida la paciencia.

Pero su deseo de convencerla le hizo adoptar de nuevo un tono suave.

—Mira, Catalina, eso es cuestión de acostumbrarse. Además, él no será un marido pesado. Tiene trabajo y sale mucho de viaje. El ama sobre todo la tranquilidad.

—Sí, sí, pero...

—Pero ¿qué?

—Que así, tan de pronto, no me atrevo a prometer nada.

—Catalina, mira que no es un sacrificio. Es una suerte como pocas veces se presenta. Cree a tu padre y aprovecha la ocasión.

—Déjeme acostumbrarme a que lo mire como mi prometido, que vaya preparándome y resignándome...

—¿Para qué esperar? Además, Catalina, me comprometí a darle la respuesta hoy mismo

—Entonces — repuso Catalina con un gesto lleno de amarga resignación—, conteste lo que quiera.

—¡Así me gusta! —exclamó el Libori alegremente.

Catalina sonrió tristemente.

—La chica del café de la Marina ha de hacer lo que su padre quiera. ¿No le ha dado palabra? Pues ¿a qué seguir hablando? Seré del francés. Tanto se me da.

—Pero ¿por qué hablas en ese tono? Ya sabes que yo te quiero y que no deseo nada malo para ti.

—Desde luego. Pero no tiene que explicarme nada. Ya veo que tiene

usted razón. Ahora me doy cuenta. Me creí con derecho a soñar... Sí, sí; es una suerte.

—Me alegro que te des cuenta —dijo el Libori más contento que unas pascuas—. El francés tiene mucho dinero. Y tu padre, cuando sea viejo y deje el negocio, cuando este café sea de otro, irá a ver a los *garçons* y a las pequeñas. Ese extranjero es una personalidad y allí me llamarán *mussiú* Libori, y comeremos buenas ollas de llobarro con absenta, pues así tienen costumbre de guisarlo y hay que ver lo estupendo que está.

Pero Catalina apenas lo oía.

Se limitaba a mover la cabeza en señal de asentimiento y a decir de vez en cuando:

—Sí, padre, sí.

Y su pensamiento estaba muy lejos, flotando en el dolor de los ensueños fracasados.

XI

El café estaba vacío cuando entró Claudio.

Llevaba en la mano una botella de vermut vacía y sus piernas no respondían a su voluntad con toda la precisión que él hubiera querido.

—¿Dónde está tu padre, Catalina?—preguntó en un tono que no era precisamente amable.

—¿Para qué lo quieres?

—Para decirle que la botella de vermut que le vendió ayer a mi madre no valía nada.

—¿Qué le pasaba al vermut?

—Que estaba agrio.

—Pues tú bien te lo has bebido.

—Comprenderás que no lo iba a tirar después de haberme gastado el dinero.

—¿Y de ayer a hoy te has bebido toda la botella?

—Sí, ¿qué pasa?

—Nada, hombre, nada. Pero vamos, un hombre que se bebe en un día una botella de vermut es difícil que se dé cuenta del sabor que tiene.

—¿Te has creído que estoy borracho?

—Me guardaré mucho de creer semejante cosa. A lo sumo, me atrevería a decir que no puedes tenerte derecho.

—¡Tú qué sabes!

Y Claudio dejó la botella en el mostrador y se apoyó en él.

—Dame algo de beber, que tengo la boca seca.

—¿Más todavía?

—¡Vaya un modo de defender el negocio!

—Eso para que digas que sólo me preocupo del café.

—Hoy estás generosa y si he de serte franco no me extraña. Hoy es para ti un gran día.

—¿Por qué?

—Tú lo sabes mejor que yo.

—No sé de qué me hablas.

—¿No será que te haces la desentendida?

—¿Quieres acabar de una vez?

—¡Pero si ya lo sabe todo el pueblo! Rufina se ha encargado de lanzar la noticia a los cuatro vientos. Dice que te casas con monsieur Bernat.

—Es verdad. Ni siquiera me acordaba.

Hubo en Claudio una imperceptible contracción.

—¿De modo que es verdad? Yo me estaba preguntando si sería una intriga más de esa charlatana.

—Sí, es verdad. Mi padre lo ha querido.

—¿Y tú?

—Yo no cuento. Hago lo que me mandan y nada más.

Claudio sonrió nerviosamente.

—A otro con ese cuento. Tú te

haces la indiferente, pero la procesión va por dentro. Eres más larga de lo que yo creía. Monsieur Bernat tiene buenos negocios. ¿Qué importa lo demás?

—¿Te sabe mal?

—Me hace gracia. ¡Hay que ver las tragaderas que tienen esos franceses! Después de derramar muchas lágrimas, después del escándalo, el galán huye y ella se queda sola. Entonces llega el francés con la bolsa llena y se arregla todo y aquí no ha pasado nada. ¡Qué tragaderas tienen algunos! ¡Y qué tragaderas tienen algunas!

—¿Tú qué sabes!

Catalina había pronunciado estas palabras con amargura, pero no con indignación. A otro cualquiera le hubiera parado los pies a los primeros pinchazos; a Claudio lo dejaba hablar y lo escuchaba.

¿Por qué?

A veces un corazón de mujer es un arca cerrada. El de Catalina lo era más aún, porque el dolor la había sumido en una especie de marasmo y en su semblante no encontraban eco las débiles reacciones de su alma atormentada y como anestesiada.

Por otra parte, su orgullo le im-

pedía dejar que ciertos sentimientos se manifestaran libremente.

—Pero bien mirado—dijo Claudio bajando la vista sobre la copa—¿qué puede importarme a mí todo esto? ¿Quién me danda meterme en lo que no me importa?

—Eso me estaba preguntando yo. A ti no te importa nada de este pueblo. Y la prueba es que piensas embarcarte para América.

—Tú lo has dicho.

—¿Y cuando te vas?

—Ya veremos.

—Aun te volverás atrás.

—Eso sí que no. Y ahora menos que nunca. Cada vez estoy más harto de esta vida y de este rincón muerto, donde no hay más que olor a pescado, miseria y murmuración.

Vació de un sorbo la bebida que le quedaba en la copa y permaneció un momento silencioso y abstraído.

—Pero tú—dijo como pensando en voz alta—no debes reprocharme que me vaya yo, puesto que también estás preparando la marcha.

—¿Quién sabe!

—¿Quién sabe ¿qué? No disimules, Catalina. Lo estás deseando.

—Pues bien. Vamos a suponer

que lo desee. ¿Tiene algo de particular que tome el único camino que me han dejado libre?

Catalina había salido de detrás del mostrador y se situó al lado de Claudio con una actitud que quería ser indiferente.

—En fin—dijo el cliente arrojando unas monedas al lado de la copa—, me voy, porque no nos podemos entender.

—¿En qué tenemos que entendernos tú y yo?

—En el modo de ver las cosas.

Y con un extraño afán de mortificarla, de comunicarle la amargura que él sentía, añadió:

—Tú lo ves todo de color de rosa y yo lo veo muy negro. Es fácil que al principio monsieur Bernat no se fije en nada. Tener una mujer joven y guapa es bastante para ofuscar a un hombre en los primeros meses. Pero después viene la realidad de la vida. Entonces es fácil que recuerde todo lo que por aquí le habrán contado de ti y acabará por despreciar a la mujer que tuvo que salir del pueblo después de sus relaciones con un sinvergüenza y que ni siquiera tuvo la gallardía de dejar que naciera su

hijo, que siempre es un hijo, sea el padre quien sea.

Ante la brutalidad del ataque, Catalina sintió el dolor que tantas veces había sentido al recordar que no tuvo el valor de oponerse a la voluntad de su padre y de su tía

cuando se empeñaron en no dejar nacer a lo que por voluntad de Dios venía a la vida.

Y además del dolor, sintió ahora el bofetón de la afrenta. Sus mejillas se encendieron, sus labios temblaron y se echó a llorar...

XII

Claudio permaneció un momento sin saber qué partido tomar.

De un lado, le empujaba hacia Catalina el amor que sentía hacia ella; de otro, el pasado de aquella mujer ponía un freno a sus impulsos.

Además, allí estaba su compromiso con monsieur Bernat que lo alejaba más aún de ella.

Y esta triple lucha terminó del modo más inesperado. Claudio cogió a Catalina por los hombros y suplicó con voz que le salía del alma:

—Perdóname. Estoy loco.

Ella levantó los ojos llenos aún de lágrimas.

—No sé qué ganas con torturarme.

Y él, en un arrebató irreprimible, dominado por la belleza de aquellos ojos que veía tan cerca, atraído irresistiblemente por aquella boca que tantas veces había deseado besar, enclavijó los dedos en los hombros de Catalina y exclamó:

—¿No lo comprendes? ¿No te has dado cuenta de que estoy loco por ti?

—¡Claudio!

—¡Sí, te quiero más que a mi vida y no quiero quererte! Ese es todo mi odio al pueblo, ese es mi proyecto de marcharme a América.

¡Por eso tengo rabia contra ti, contra mí y contra todos! ¿Lo has oído bien? ¡Pues ya lo sabes!

Y sus dedos se clavaban en los hombros de Catalina hasta hacerle daño y la zarandeaba como si ella

fuera la única culpable de sus espantosos sufrimientos.

Y por fin, sin poder dominar un impulso nacido en lo más profundo de su alma, la atrajo hacia sí y la besó ávidamente, largamente, en la boca.

\* \* \*

Besándose estaban cuando llegaron al café el Libori y monsieur Bernat.

Los dos se detuvieron sorprendidos y los dos se sintieron igualmente contrariados, el Libori porque comprendía que aquello levantaba un serio obstáculo en el camino que había de seguir Catalina para llegar al altar del brazo de monsieur Bernat, y éste porque se sentía en ridículo.

Lanzó una exclamación en francés y ello sirvió para que la pareja se diera cuenta de que no estaban solos.

Ninguno de los dos dió muestras de gran inquietud.

Claudio volvió la espalda a Cata-

lina y salió del café sin prisas y sin dar a monsieur Bernat la menor importancia.

En cambio, el francés echaba fuego por los ojos.

—¿Qué significa eso, monsieur Libori?—exclamó.

—Si he de decirle la verdad, no sé. Tan sorprendido como usted estoy yo.

—Comprenderá usted que después de esto...

—¿Qué?

—Que no hay nada de lo dicho. Yo sé que a mi edad no se puede ser muy exigente. Yo soy comprensivo y me doy cuenta de que la juventud ha de expansionarse. Pero tanta expansión y a la vista de to-

dos me parece demasiado. Monsieur Libori, yo soy un hombre formal que me enamoré de su hija y estaba dispuesto a casarme con ella, pero después de lo que he visto he de decirle que no quiero ser el hazmerreír de la gente. Monsieur Libori, yo soy un hombre de honor...

—¡Y yo también! — exclamó el Libori perdida la paciencia—. Y si ha de acabar volviéndose atrás después de haber dado palabra de casarse con Catalina, váyase con viento fresco y basta ya de discursos.

—No es necesario que se ponga así, monsieur Libori. El negocio nos ha salido mal, porque la mercancía

no era de mi gusto y la he dejado de cuenta. Eso es todo. Otra vez nos entenderemos.

—¿Otra vez? ¡Está usted fresco si cree que yo voy a hablar más de negocios con usted! Y váyase de aquí y no vuelva a decir que mi hija es una mercancía, porque no respondo.

—¡Oh! Monsieur Libori...

—¡Largo, largo de aquí...!

—Adiós, monsieur Libori.

—¡Al diablo!

Y el Libori, dominado por la desgracia, sin fuerzas siquiera para indignarse, se dejó caer en una de las banquetas que rodeaban las mesas de mármol.

XIII

—Ya lo has oído, Catalina—dijo sordamente—. Monsieur Bernat no se casa contigo.

—¡Ya lo sé!—exclamó Catalina alegremente.

—¿Eso te alegra?

—¡Qué peso me han quitado de encima!

—Estás loca.

—Ya sé que salgo perdiendo, pero hay que tener paciencia.

—¡Paciencia, paciencia! Eso se dice muy pronto. Tú ya sabes lo aficionados que en el pueblo son a murmurar. Imagínate las cosas que dirán ahora... Inventarán mil mentiras para hundirme. Me parece estar oyéndoles :“Mira, mira el Li-

bori. Quería pescar con caña y el pez se le ha llevado el anzuelo”.

—¡Pero si todo irá contra mí!

—¿Acaso no soy tu padre?

—Además, siempre han murmurado. No puede sorprenderme que murmuren ahora.

—No es lo mismo. Después de la desgracia, se habló mucho, pero al fin se cerraron las bocas. Pero ahora ha salido a relucir la envidia al ver que ibas a hacer una buena boda. Y han vuelto a murmurar, y murmurarán más aun cuando se enteren de que el francés te ha dejado en blanco. Tendremos lucha hasta Dios sabe cuándo y no quiero pensar en las cosas que inventarán.

—Trabajo para ellos.

—Y para nosotros también.

—¡Bah!

—Si para ti no tiene importancia, para mí tiene mucha. Porque no podré contenerme cuando les vea taparse las narices con las cartas para reírse de mí. Tengo la piel curtida, pero también tengo mi genio y me temo que algún día pase aquí algo muy gordo... Tendremos que cerrar el café y marcharnos a pedir caridad.

—No se ofusque. Creo que las cosas pueden arreglarse mejor.

—¿Cómo?

—Escribiremos a la tía, me buscará trabajo y me marcharé. Soy yo la que estorbo. Rosa vendrá a ayudarle y...

—¡Calla, calla!—exclamó el Libori, un tanto horrorizado ante la idea de perder a Catalina, que tan gran papel le hacía en el café—. ¡No sabes nada de nada! ¡Vaya una tontería!

—Creo que es usted el que está un poco ofuscado. Yo me alegro de lo que ha pasado con el francés. Así tendré ocasión de salir de este pueblo y de perder de vista a Rufi-

na y a todos los que murmuran de mí. Seré libre y viviré de mi trabajo. ¡Oigalo bien! Viviré de mi trabajo y no de un hombre que sólo me producía repugnancia.

—¿Y qué haría yo solo?

—Tiene usted a Rosa.

—Rosa está casada y tiene un marido del que preocuparse...

Y añadió con amargura:

—Vete, vete y déjame solo. Esta noche está cargada de tristeza. Y siento en el corazón una amargura que lo desgarrar y en la cabeza un peso que la oprime.

—Sí, me voy a la cocina. Yo también siento algo así como si me pasara por la cabeza un relámpago de locura: un barco de tres palos, de velas limpias y sin nadie en el puente, que huye libre, quién sabe hacia dónde. Ya sé que tengo la culpa de lo que me ha pasado, pero si tengo yo la culpa ya está pagada y bien pagada, padre.

Y sin decir más, Catalina se retiró mientras su padre se quedaba absorto en el café desierto, presa de aquellas preocupaciones que le estaban amargando la vejez.

\* \* \*

Lucía en el cielo la luna llena.  
Era una noche magnífica, de mar tranquilo y cielo despejado.

Los pescadores, reunidos en la playa, se entretenían cantando a los acordes de un acordeón, canciones catalanas que eran en aquella comarca populares.

*Quan jo tenia quatre anys  
mon pare em duia a la barca  
y em deia: "Quan siguis gran  
no et fiis may de la calma".*

*Bufa mestral,  
bufa ben fort  
omple de vent la vela  
i ens durás a port  
i allí veurem la reina.*

*Bufa mestral,  
bufa ben fort.*

La canción era escuchada atentamente por Catalina, que se había asomado a la ventana en vez de acostarse.

No tenía sueño. En su alma habían ocurrido recientemente cosas

demasiado grandes para que tuviera la necesaria tranquilidad de espíritu que el dormir requiere.

La primera cosa grande había sido aquel beso de Claudio.

¡Qué emoción tan profunda había experimentado al sentirse besada con aquel fervor, con aquella verdad!

Se había sentido como poseída por aquel beso.

Ella recordaba otros besos y recordaba también que no le habían producido una emoción tan profunda, una satisfacción tan plena, una impresión de sentirse amada tan completamente.

Claudio la amaba y ella amaba a Claudio. Pero bien claramente había dicho el pescador que quería luchar contra aquel amor, que quería marcharse a América, que bebía para olvidarla.

¡Qué tristeza haber dado con el ideal después de haberlo buscado tan largamente, tan desgraciadamente, y no poder tomarlo! ¡Qué

triste era que los dos se amaran y no pudieran gozar de aquel amor!

Y mientras Catalina se entregaba a estos pensamientos asomada a la ventana de su dormitorio, Claudio, también en su habitación, bebía vaso tras vaso sin conseguir alejar de su pensamiento aquella obsesión que le destrozaba el alma.

Se sucedían las canciones de los marineros en la playa.

*La mar semblava un mirall,  
la lluna plena brillava,  
la barca no em dava espai  
sempre aturada en la calma...*

Y aquellos cantos, aquella noche magnífica, aquella quietud, contribuían extrañamente a aumentar la zozobra que agitaba el alma de Claudio y la pena que oprimía el corazón de Catalina.

Uno de los marineros que esta-

ban en la playa, vió a Claudio y le gritó:

—¡Eh! Baja y cántanos algo.

—Voy a dormir.

—Si sigues bebiendo así te quedarás durmiendo de pie.

Otro de los marineros insistió y Claudio, hastiado ya de alcohol, arrojó lejos de sí la botella y bajó a la playa.

Pidió el acordeón al que lo tenía.

—Prefiero acompañarme yo mismo.

Y empezó a tocar y a cantar.

Era una canción llena de sentimiento que conmovió a todos los que le escuchaban.

Pero la que se enterneció hasta casi derramar lágrimas fué Catalina, pues nadie como ella comprendía las palabras vehementes de la canción elegida por Claudio y el sentimiento que ponía en ellas.



XIV

Salvadora permanecía de pie cerca de su hijo, mientras él, Claudio, arreglaba la maleta.

La pobre madre no se atrevía a desplegar los labios.

Sabía que todo cuanto le dijera sería inútil. Sólo serviría para irritarlo y ella no quería contribuir a aumentar aquella pena que había sido la causa de la perdición de su hijo.

Primero tomaría el tren para ir a la capital y allí embarcaría para dirigirse a América.

¿Qué proyectos tenía?

Había hablado a los amigos de poner un café. Como se había pasado la vida trabajando mucho y gastando poco, tenía algunos aho-

rros que ahora iban a venirle de perillas.

Claudio no había dormido en toda la noche. Una desazón tremenda le dominaba. Era muy grave lo que iba a hacer y su pensamiento no cesaba de darle vueltas. Era preciso pensarlo bien antes de decidirse.

Ya tenía el pasaje en el bolsillo. Y he aquí que entonces, cuando todo estaba listo para la marcha, era cuando empezaba a faltarle la decisión.

América... No ver más a Catalina...

Salió de la casa sin pronunciar palabra, pensativo y cabizbajo.

Su madre cogió la maleta y se fué tras él.

Así, Claudio delante y su madre detrás, cruzaron varias calles del pueblo.

Al llegar ante el café de la Marina, se detuvo. Vaciló un momento y entró.

Detrás del mostrador estaba Catalina.

Se fué hacia ella.

—Dame un pernod, Catalina.

Ella se lo sirvió y él bebió silenciosamente.

—¿Es verdad que te vas ya, Claudio? — preguntó la joven haciendo un esfuerzo para no delatar su emoción.

Por toda respuesta, Claudio se llevó la mano a la cartera, sacó el pasaje y lo depositó sobre el mostrador.

—Aquí está el pasaje.

Lo miró absorto y añadió:

—Un billete de emigrante... No vale gran cosa, pero quiere decir unas lunas deshinchadas sobre el mar inmenso, la manta en la cubierta y unos dedos en unas cuerdas de guitarra, y las canciones de los italianos, llenos de suciedad, que rien y se revuelcan por la proa. Y quiere decir mucho más, tal vez la fortuna, tal vez la miseria, quiza el hospital... o cuatro dientes de ne-

gro, blancos, blancos como relámpagos, mientras un sol de fuego cae a plomo y un campo verde de café y una taberna, y el vaso de caña, y también puede querer decir una mujer o muchas mujeres... o quién sabe... Es gracioso que un billete de emigrante, donde hay tan poco escrito, quiera decir tantas cosas. ¿Verdad, Catalina?

Pero ella no podía contestar. Estaba dominada por una impresión profunda. Había algo en la voz de Claudio que se filtraba en el alma.

El café estaba solitario y cada palabra de Claudio adquiría una extraña sonoridad.

Y Claudio la miraba, la miraba...

No había ya en sus ojos aquella expresión desesperada que era su gesto habitual. La miraba con una tranquilidad nueva y su sonrisa no era de amargura, sino de alegría.

Catalina no sabía a qué atribuir aquel cambio.

Claudio la miraba, la miraba...

Sacó un cigarrillo, lo encendió. Después no apagó la cerilla, sino que, con la mayor naturalidad, la aplicó a un ángulo del billete.

—¿Qué haces?— preguntó Catalina.

—Una locura.



La llama se extendía y agrandaba. Claudio continuó:

—¿Ves, Catalina? Todo se aleja: América, las lunas, la guitarra, y las canciones de los italianos. Todo se quema...

La llama se apagó dejando sobre el mostrador un montón de cenizas.

—Ya no queda nada — continuó Claudio—. Ya ves si era poca cosa el billete de emigrante. Mira la ceniza.

—Pero ¿qué quiere decir todo eso?

Claudio se acercó a Catalina.

—¿No lo comprendes?

—No.

—Escucha. América, todo eso, está muy lejos ya. Y aquí hay un sol magnífico. Se ven en la playa las barcas, reclinadas en la arena, y los cristales del café, y tus ojos... ¿No comprendes? Yo te amo, Catalina. Me quedó aquí para casarme contigo si tú quieres. Contesta y acabemos de una vez.

Ella no podía dar crédito a sus oídos. Hacía un instante consideraba a Claudio perdido para siempre. Ahora era para siempre suyo.

—¿Lo dices en serio, Claudio?

Y su voz temblaba, como había

temblado la del pescador momentos antes.

—¿Por qué no ha de ser verdad? ¿Tengo cara de decir mentiras?— preguntó Claudio.

—No, no la tienes, pero escucha. Ante todo, quiero hablarte. Yo soy para todos una cosa despreciable. Todos hablan mal de mí. Y hasta mi padre quiere vender el café para no tener que soportar las miradas burlonas de los parroquianos... Estoy perdida, pero tengo mi orgullo. ¿Comprendes? Lo que me has dicho, ¿te ha salido del corazón? ¿No es un arrebato? ¿No es como jugárselo todo a cara o cruz? Yo tengo orgullo y no aceptaría nunca un amor por caridad.

—¿Que si es verdad? ¿Que si me han salido del corazón esas palabras? Oye, Catalina. Vas a saber la verdad. Yo no me habría marchado a América ni aunque te hubieras casado con otro. Entonces, más que nunca, me habría quedado cerca de ti para seguirte a todas partes, para espiarte, para mirar por tus ventanas. Y al que te hubiera tenido en su cama, te juro, Catalina, que con mi cuchillo le habría atravesado el pecho para poder lle-

varte conmigo, bien apretada, bien apretada contra mi corazón.

Y, al decir esto, la rodeó con sus brazos, la estrechó contra su pecho y la besó por segunda vez en la boca.

Acababan de separarse cuando entró el Libori, seguido de Rufina, que había estado espiando desde fuera y que se había apresurado a llamar a varios pescadores para que con ella fueran testigos de aquella escena.

—¿Qué pasa?— preguntó el dueño del café al ver las caras de alegría que tenían Catalina y Claudio.

—Pues pasa que hoy convidó yo a todo el que entre aquí y a usted el primero— repuso el pescador.

—¿A mí?

—Sí.

—Pero, ¿por qué?

—Primero pida lo que quiera.

—Pero...

—Pida. Yo pago.

—Bien — dijo el viejo sin salir de su asombro—. Ya que te empeñas, dame un poco de ron... Allí está la botella. Pero no el ron de la etiqueta blanca, sino aquel otro de la etiqueta azul. No te equivoques.

Claudio sirvió el ron al Libori,

el cual preguntó cada vez más asombrado:

—¿Puede saberse ya a qué viene todo esto?

—Sí. Catalina me ha dicho que usted quiere vender el café. ¿Es eso verdad?

—Verdad.

—Pues bien, se lo compramos.

—¿Tú?

—Nosotros.

—¿Qué quieres decir?

—Que Catalina y yo nos casamos y seremos los dueños del café.

El Libori dirigió a su hija una mirada interrogadora y halló en sus ojos una confirmación de las palabras de Claudio.

—¿Qué dice usted a eso?— preguntó el joven.

El Libori tendió la mano a Claudio.

—Yo siempre te he querido bien. Y más ahora...

Rufina miraba con avidez la escena. Claudio se fué hacia ella y la cogió de un brazo.

—Oiga bien lo que voy a decirle. Catalina va a ser mi mujer, y como yo me entere de que vuelve a decir sólo tanto así de ella, irá al mar de cabeza, como los perros

cuando están rabiosos. Y ahora, largo de aquí.

Le dió un empujón que la hizo retroceder vacilando, hasta la puerta.

Después se quitó la americana, se echó el paño al hombro y cogió varias botellas de la estantería.

Con botellas y copas se dirigió a los pescadores que habían entrado en el café.

—Pedid lo que queráis, que yo os convido.

—¿Es tu santo? — preguntó el Rufí en son de burla.

—Ya sabéis lo que es, pero, por si acaso, os daré la noticia. Es que me caso y aquí está mi mujer.

—¿Catalina?

—Sí, Catalina.

Y como sorprendió nuevas sonrisas de hurta, cogió una botella por el cuello y comenzó a moverla de arriba abajo con mucha parsimonia.

—Pero antes de convidaros, quiero haceros una advertencia. De mí no se ríe nadie, y de Catalina,

menos aun. No quiero que nadie la roce ni siquiera con el aliento. Y de hoy en adelante el que se atreva a hablar del francés o del viaje de Catalina a casa de su tía, que se confiese. ¿Entendidos?

Todos callaban. Nadie se atrevía ni siquiera a desplegar los labios, y mucho menos a seguir en aquel plan de sonrisas burlonas, pues Claudio había hablado en el tono de los que están decididos a cumplir lo que dicen.

—Y ahora — continuó Claudio con su tono más campechano y alegre— pedid lo que queráis. Yo convido y yo sirvo. ¿Coñac, anís, vermouth?

—Lo que tú quieras.

Todos lo dejaron a la elección del nuevo dueño del café.

El Rufí preguntó al Libori que había ido a sentarse a su lado:

—¿Y tú qué dices a todo eso?

Y el Libori repuso sentenciosamente:

—Que el café es el café y que si se quieren...

FIN

## José María de Sagarra

### BIOGRAFÍA

José María Sagarra nació en Barcelona el día 5 de marzo del año 1894.

Desde su infancia acusó cualidades para el arte que más tarde había de cultivar con tanto éxito. Su inspiración infantil rimaba versos y concebía comedias en las que destacaban, junto a la ingenuidad inevitable, excelentes dotes de observación y claros augurios de una sensibilidad privilegiada.

Sus aficiones no le apartaron del estudio. Obtuvo el título de bachiller en la escuela de los Padres Jesuitas de Barcelona y cursó la carrera de derecho en la Universidad de la misma población, licenciándose en el año 1914.

Tenía doce años cuando publicó sus primeros versos en catalán y, seis después, a decir, en 1912, emprendía un largo viaje por Italia, de gran importancia para su vida, pues durante él se decidió su vocación.

Desde entonces se dedicó de lle-

no a la literatura y un año después obtuvo su primer éxito, ganando el premio de la englantina de oro en los Juegos Florales de Barcelona.

En 1914 publicó su primer volumen de versos, afirmándose definitivamente como poeta de gran porvenir.

Su amistad con Ignacio Iglesias le decidía tres años después a escribir para el teatro y no tardó en estrenar *Rondalla d'esparnes* y *Joan Enrich*, las cuales obtuvieron un éxito brillante.

Su obra siguiente fué *Dijous Sant*, una de sus mejores producciones, que ha sido vertida al castellano por Eduardo Marquina.

Desde entonces no ha cesado de añadir nuevos títulos a la lista de su ya larga producción y la fecundidad admirable de su ingenio y de su inspiración le ha permitido alternar sus tareas de autor dramático con el periodismo y la novela.

Sería demasiado larga la lista de sus obras teatrales. Sólo en el año 1923 estrenó cuatro. Todas obtuvieron el más lisonjero éxito y dos de ellas, "Cansó de una nit de estiu" y "Les veus de la terra" han sido traducidas al castellano, la primera por el gran poeta Eduard Marquina.

No queremos dejar de mencionar "Fidelitat" y, mucho menos, "L'Hostal de la Gloria", uno de sus éxitos más brillantes. Esta última obra ha obtenido el premio "Ignacio Iglesias", instituido por la Generalitat de Cataluña.

Su novela "Vida privada", magnífico cuadro de costumbres, obtuvo el premio Creixells 1932, y su libro "Cansó de totes les hores" mereció en los Juegos Florales celebrados en Barcelona el año 1926 el premio Fastenrath.

Como poeta su fama ha traspasado las fronteras ya que sus mejores poesías figuran en varias antologías que han sido vertidas al francés, al alemán y al italiano.

José María Sagarra representa en el teatro catalán moderno lo que en otro tiempo representaron Federico Soler, Angel Guimerá, Ignacio Iglesias, Santiago Rusiñol.

A estos nombres habrá que añadir en el futuro el de Sagarra, cuando se hable de los autores catalanes que han llegado a la cumbre de la popularidad.

Sus críticas teatrales en la "Publicitat", sus crónicas en "Mirador", los artículos que, como corresponsal en Alemania publicó en el "Sol", de Madrid, dos años después de la Guerra, constituyen un valioso capítulo en la producción del gran poeta.

Las características principales de sus poesías son la riqueza de léxico, la inspiración vigorosa, la exaltación lírica y una fluidez admirable que se filtra insensiblemente en el ánimo del que lee o escucha.

Sus grandes cualidades de observación le permiten dar fuerza de vida en escena a tipos y costumbres.

Y a esto hay que añadir un dominio absoluto de la técnica teatral.

El "Café de la Marina" es un bello poema enmarcado en un pueblecillo de pescadores de la costa ampurdanesa, un poema todo inspiración y sentimiento.

La Novela Semanal Cinematográfica

LIBROS PUBLICADOS:

- |                          |                           |                               |
|--------------------------|---------------------------|-------------------------------|
| La viuda alegre          | Las tres pasiones.        | La princesa se enamora. Honor |
| El gran desfile          | Cristina, la Holandesita. | Amanecer de amor.             |
| Miguel Strogoff o el     | ¡Viva Madrid, que es      | El gran desfile (edición      |
| Correo del Zar           | mi pueblo!                | popular).                     |
| La princesa que supo     | Bombas blancas.           | Du Barry, mujer de pa-        |
| amar                     | La copia andaluza.        | sión.                         |
| El coche número 13       | Los cosacos.              | La viuda alegre (edición      |
| sin familia              | Icsros.                   | popular).                     |
| Mare Nostrum             | El conde de Montecristo   | Angeles del infierno.         |
| Wantás, el hombre que se | La mujer ligera.          | Cuerpo y alma.                |
| vendió                   | Virgenes modernas.        | El impostor.                  |
| Obra                     | El pagano de Tahití.      | Esposa a medias.              |
| El fin de Montecarlo     | Estrellas dichosas.       | Esclavas de la moda.          |
| Vida bohemia             | La senda del 98.          | Petit Café.                   |
| Zazá                     | Esto es el cielo.         | Hay que casar al prin-        |
| ¡Adiós, juventud!        | Esojismos.                | cipe.                         |
| El judío errante         | Evangeline.               | Inspiración.                  |
| La mujer desnuda         | Orquídeas salvajes.       | El proceso de Mary Dn-        |
| La tía Ramona            | El caballero.             | gan.                          |
| Casanova                 | Egoísmo.                  | Marruecos.                    |
| Hotel Imperial           | La máscara del diablo.    | En cada puerto un amor.       |
| Don Juan, el burlador    | El pan nuestro de cada    | ¿Conoces a tu mujer?          |
| de Sevilla               | día.                      | El millón.                    |
| Noche nupcial            | Vieja hidalgua.           | La mujer X.                   |
| El séptimo cielo         | Poseión.                  | Gente alegre.                 |
| Beau Geste               | Tentación.                | Mar de fondo.                 |
| Los vencedores del fuego | La pecadora.              | La dama sagrada.              |
| La mariposa de oro       | El beso.                  | La ley del harén.             |
| Ben-Hur                  | Ella se va a la guerra.   | La fruta amarga.              |
| El demonio y la carne    | Los hijos de nadie.       | Vidas truncadas.              |
| La castellana del Líbano | El pescador de perlas.    | La fiera del mar.             |
| La tierra de todos       | Santa Isabel de Ceres.    | Tabú.                         |
| Trípoli                  | Las dos huérfanas.        | El pasado acusa.              |
| El rey de reyes          | La canción de la estepa.  | Papá piernas largas.          |
| La ciudad castigada      | El precio de un beso.     | Trader Horn.                  |
| Sangre y arena           | La rapsodia del recuerdo  | Un yanqui en la corte         |
| Aguilas triunfantes      | Delikatessen.             | del rey Arturo.               |
| El sargento Malscara     | Del mismo barro.          | El código penal.              |
| El capitán Sorrell       | Estrellados.              | La pura verdad.               |
| El jardín del edén       | Cuatro de infantería.     | Maternidad, o el derecho      |
| La princesa mártir       | Olimpia.                  | a la vida (fuera de se-       |
| Ramona                   | Monsieur Sans-Gêne.       | ric).                         |
| Dos amantes              | Sombras de gloria.        | Carbón (La tragedia de        |
| El príncipe estudiante   | Mamba.                    | el caballero de la noche.     |
| Aoa Karenine             | Ladrón de amor.           | Arsène Lupin.                 |
| El destino de la carne   | Molly (la gran parada).   | La dama del 18.               |
| La mujer divina          | El valiente.              | Amor en venta.                |
| Alas                     | ¡De frente... marchen!    | El pecado de Madeión          |
| Cuatro hijos             | Prim.                     | Claudet.                      |
| El carnaval de Venecia   | El presidio.              | La casa de los muertos.       |
| El ángel de la calle     | Romance.                  | Titanes del cielo.            |
| La última cita           | El gran charco.           | ¡Proceso Dreyfus.             |
| El enemigo               | Tempestad.                | La vida de un gran ar-        |
| Amantes                  | El dios del mar.          | tista.                        |
| La ballarina de la Ope-  | Anne Christie.            | El último varón sobre la      |
| ra.                      | Sevilla de mis amores.    | Tierra.                       |
| Moulin Rouge.            | Horizontes nuevos.        | Fantomas.                     |
| Ben Ali.                 | Ben-Hur (edición popu-    | Violetas imperiales.          |
| Los cuatro diablos.      | lar).                     | Soy un fugitivo.              |
| ¡Río, payaso, río!       | La incorregible.          | Teresita.                     |
| Volga, Volga.            | El malo.                  | La película de las extra-     |
| La sinfonía patética.    | El pavo real.             | ñas. Grand Hotel (fue-        |
| Un cierto muchacho.      | Bajo el techo de París.   | ra de serie).                 |
| ¡Nostalgia!              | Wu-ll-chang.              | Hollywood al desnudo.         |
| La ruta de Singapore.    | Montecarlo.               | Sangre roja.                  |
| La actriz.               | Camino del infierno.      | El doctor X.                  |
| Mister Wu.               | Mío serás!                | Emma.                         |
| Resaca.                  | ¡Aleuya!                  | Primavera en otoño.           |
| El despertar.            | La mujer que amamos.      | El hijo del destino.          |
| La melodía del amor.     | Al compás de 3-4.         | Ella o ninguna.               |
|                          |                           | El enemigo en la sangre.      |

Reg. n.º 10.578  
Res.  
U. 49 (cont.)  
Ely